Amantes

Anne Herries

El jeque



Jeques

Anne Herries

El jeque

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2002 Anne Herries. Todos los derechos reservados.
EL JEQUE, Nº 5 - 12.2.08
Título original: The Sheikh
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-5772-7
Depósito legal: B-55120-2007
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

—Y ésa es la noticia —dijo Chloe, tratando de contener la emoción—. Me marcho a Marruecos la próxima semana, y no sé cuándo voy a volver...

—¡Qué suerte tienes! —gritó Justine, mirando a su prima con envidia—. Lo único que he podido conseguir yo es un empleo en la biblioteca del barrio; y eso después de pasar años estudiando en la facultad.

Justine hizo un mohín con sus labios pintados con carmín y adoptó una postura que le agradaba por lo artística.

Chloe Randall trató de mostrarse compasiva ante las protestas de Justine por su mala suerte a la hora de encontrar un empleo interesante; sin embargo, no podía dejar de sonreír.

Chloe tenía la boca bonita y los labios suaves y carnosos, y a diferencia de su prima, a quien tanto le gus-

taba pintársela, ella prefería no usar maquillaje. Tenía el pelo rubio y liso y solía lucir una melena por los hombros, que en ese momento llevaba sujeta con un pañuelo. Justine se había cortado el pelo hacía poco y llevaba un corte muy de moda entre las artistas de cine mudo, corto por detrás y más largo a los lados. Chloe pensaba que su prima era muy atrevida pintándose los labios de aquel rojo intenso.

Las dos tenían la apariencia de lo que eran: dos jóvenes de buena familia que abandonaban las restricciones de su educación y comenzaban a desplegar las alas como mariposas al sol de la libertad. Estaban en 1925. La terrible guerra que había destruido las vidas de la generación anterior resultaba casi un recuerdo lejano, y en ese momento la vida parecía concebida para disfrutar de ella.

—Ha sido por pura suerte —dijo Chloe tal vez por enésima vez esa noche, mientras se levantaba para girar la manivela del gramófono y escuchar una vez más su canción favorita de Paul Robeson—. Me encanta. Fue estupendo verlo actuar cuando papá me llevó.

—Ay, por favor, no vuelvas a ponerlo —le rogó Justine—. Tengo un disco de jazz nuevo que me gustaría que escucharas. Siéntate y cuéntame lo que pasó; y cómo conociste a ese catedrático...

—Como te estaba diciendo, ha sido por pura suerte.

Chloe dejó el gramófono y se sentó con las piernas cruzadas sobre un montón de cojines, como si de un salón árabe se tratara. Aquélla era otra de las modas pasajeras de Justine, y también muy popular entre las jóvenes de sociedad.

—Yo estaba en el departamento de investigación

del museo cuando entró él. En una mano llevaba un paraguas, y en la otra varios paquetes y una bolsa de naranjas. La bolsa de papel donde estaban las naranjas se había mojado con la lluvia, y de pronto las naranjas salieron rodando por todo el suelo.

Justine se echó a reír mientras se imaginaba la escena. Aunque trataba por todos los medios de ser sofisticada, en el fondo seguía siendo una chica inocente, fascinada con las estrellas de la pantalla que veía cada vez que iba al cine, que en su caso era muy a menudo porque tenía unos padres ricos que le consentían casi todos los caprichos.

En eso tenía más suerte que Chloe, que había perdido a su madre, víctima de una agónica enfermedad mientras ella estaba estudiando fuera, y cuyo padre, en opinión de Justine, siempre había sido un hombre bastante frío. Pero por cariño y lealtad hacia su prima, nunca había querido expresar en voz alta esa opinión.

—¿Cómo has dicho que se llama...? Me refiero al catedrático.

—Hicks... Charles Hicks —respondió Chloe mientras se retiraba un fino mechón de pelo de los ojos—. El caso es que yo le ayudé a recoger las naranjas del suelo y empezamos a hablar; y resulta que Charles Hicks conoce a mi padre desde hace tiempo. Según parece, Hicks estuvo en mi bautizo, pero perdió el contacto con papá cuando el arqueólogo se marchó a Egipto poco después del bautizo. Naturalmente, lo invité a cenar a casa.

—Y fue entonces cuando te propuso si te gustaría acompañarlo a Marruecos —Justine la miraba fijamente, con una mezcla de envidia e incredulidad.

—Sí, para ayudarlo en un proyecto de investigación —concedió Chloe, que no podía dejar de sonreír—. En este momento está trabajando en un libro basado en varias tribus nómadas, particularmente el pueblo beduino y el bereber. Ya ha llevado a cabo la mayor parte de la investigación basada en los beduinos, que pueblan gran parte del norte de África; y ahora quiere hacer un estudio de los bereberes; según parece, para poder comparar las dos etnias. También le interesan las costumbres religiosas, y tiene la intención de visitar muchos sitios que son considerados sagrados; si consigue el permiso, claro. Todo es un poco complicado, y yo no entiendo mucho. Pero es interesante, ¿no te parece?

Se echó a reír al ver la mirada sin expresión de Justine. Estaba muy claro que su prima no estaba muy convencida, pero también era cierto que los intereses de Justine se limitaban a la ropa, los bailes e ir al cine, como le pasaba a la mayoría de las jóvenes de esa época.

—Cuando papá le comentó que a mí me interesaba la literatura árabe, Hicks pensó que sería la persona ideal para ayudarlo; sobre todo porque sé escribir en taquigrafía.

—Y tú aprovechaste la oportunidad, por supuesto —suspiró Justine—. Ojalá yo conociera a alguien que me pagara unas vacaciones en el extranjero.

—Y a mí me gustaría que pudieras acompañarnos —opinó Chloe con pesar—. Pero el profesor Hicks me va a pagar todos los gastos, así que no le puedo pedir que invite además a mi prima. Dudo mucho que necesite ayuda con la investigación; pero papá le dijo

que acababa de terminar mis estudios universitarios y que estaba buscando trabajo mientras llevaba a cabo mi propia investigación. Eso le impresionó bastante; y dijo algo así como que admiraba a las jóvenes que prefieren forjarse una profesión en lugar de casarse enseguida.

—Bueno, supongo que eso es lo que hacemos la mayoría de nosotras: casarnos y tener hijos —dijo Justine con cierta desazón—. Tú eres una excepción, Chloe. Yo fui a la facultad porque quiso mi padre; y como tú estabas ya estudiando fue divertido. Pero mamá espera hacer mi presentación en sociedad, y supongo que me prometeré en matrimonio lo antes posible... Eso si soy capaz de encontrar a alguien que se parezca a él.

Justine tomó una copia de la revista que había encontrado esa mañana en la biblioteca. En el interior había una foto que ocupaba toda una página del actor Rodolfo Valentino, donde también se anunciaba su última película.

—Tenemos que ir a verla antes de que te vayas —dijo Justine mientras suspiraba por el ídolo de la gran pantalla—. He visto sus películas tantas veces; pero la que más me gusta de todas es *El jeque*. Dicen que está pensando en hacer una segunda parte muy pronto.

—Ah, es maravilloso —concedió Chloe mientras cruzaba las piernas.

Ese día llevaba una falda corta que a su abuela, lady Margaret Hatton, le parecía horriblemente indecente, y finas medias de seda.

—Maravilloso —Justine abrió la pitillera de plata que había en una mesita junto a ella y le ofreció un cigarrillo a Chloe—. Ah, sí, tú no fumas —dijo al ver

que su prima sacudía la cabeza—. Mamá detesta que fume si está ella delante, pero a papá no le molesta. Dice que hay cosas peores que ver a una mujer fumando, y además él también fuma mucho. Yo me parezco a él; al menos, eso es lo que siempre dice mamá cuando se enfada conmigo.

Justine se echó a reír con aquel sonido musical y contagioso. Chloe sonrió con afecto. Justine era bonita y lista, y siempre decía cosas a la ligera sólo porque a ella le parecían inteligentes. Estaba de moda comportarse de aquel modo ligeramente escandaloso, que Justine favorecía con sus amistades; pero Chloe sabía que en el fondo su prima no era en absoluto alocada. Cuando llegara el hombre adecuado, Justine se enamoraría, se casaría y viviría en una bonita casa en el campo; de vez en cuando iría a la ciudad y sería muy feliz. Sus padres la mimaban continuamente, lo cual era muy agradable. A Chloe no le habría importado que su padre la mimara también un poco, aunque era realista y sabía que no era nada probable que su padre fuera a cambiar de manera de ser.

Siempre había sido un hombre reservado; pero desde la muerte de su madre se había encerrado aún más en su mundo, dejando la mayor parte de las veces que Chloe se las apañara sola. De no haber sido por Justine, por quien sentía un gran cariño, Chloe estaba segura de que se habría sentido bastante sola.

Su abuela raramente salía ya de la casa donde vivía, en el norte de Inglaterra, pues no tenía buena salud. Lady Margaret prefería no recibir visitas, aunque una vez al año pedía que fuera a visitarla su nieta, y se acordaba de enviarle una tarjeta por su cumpleaños.

—Supongo que te gustará casarte —le dijo a Justine—, cuando encuentres a la persona adecuada.

—¿Y tú no quieres casarte? —Justine la miró con curiosidad.

—Con el tiempo, tal vez; pero todavía no.

Chloe quería hacer algo más con su vida de lo que había hecho su madre, siendo la esposa de Peter Randall. Sabía que una vida parecida a la de su madre, o incluso a la de Justine, que tenía una intensa vida social, no sería para ella. Ella no estaba segura de lo que estaba buscando, pero cualquiera que fuera un poco observador se daría cuenta de que lo que ella necesitaba era afecto.

—Fumar está bien si te gusta —comentó Chloe mientras su prima sacaba uno de la caja—. Pero a mí me da tos, y además el sabor no me gusta.

—Ah, bueno... al sabor te acostumbras.

Justine no pensaba reconocer que sólo lo hacía porque sus bohemios amigos decían que era elegante.

Tenía que ser parte del grupo porque quería que la invitaran a todas las mejores fiestas. Miró la revista que tenía sobre el regazo y suspiró de nuevo.

—¿Alguna vez has pensado cómo sería conocer a un jeque de verdad, Chloe? ¿Crees que sería como Valentino?

—En absoluto, no lo creo ni por un momento —respondió Chloe muerta de risa.

Chloe se estaba riendo tanto de su prima, que en ese momento daba una delicada calada del cigarrillo que sostenía con su elegante boquilla, como de la ocurrencia; pero no le dijo nada a Justine.

—Seguramente sería gordo, grasiento y maloliente —continuó Chloe.

—¡Ay, no! —le rogó Justine en tono melodramático, mientras echaba la cabeza hacia atrás igual que lo hacía la gran Gloria Swanson en la pantalla—. Por favor, no pisotees mis ilusiones. Que sepas que he soñado que conocía a Valentino... Y que él me levantaba en brazos y me llevaba a su tienda en el desierto —Justine se estremeció deliciosamente con la idea.

—Tú y millones de mujeres más —dijo Chloe sonriendo.

Ella también se había imaginado en una situación similar a aquéllas soportadas por la joven esclava que interpretaba la actriz Agnes Ayres; pero en el fondo no se hacía ilusiones de conocer a alguien que la transportara a aquel romántico mundo de las películas.

—Pero estoy de acuerdo en que sería romántico conocer a Rodolfo Valentino... Imagínate si alguien te ofreciera actuar con él en una película.

—Ah, me moriría por tener esa oportunidad —dijo Justine, y se echó a reír—. Sigo pensando que sería muy romántico dejar que un jeque te llevara a su tienda del desierto bajo las estrellas...

—Aunque a lo mejor al llegar allí descubres que no te gusta el jeque —dijo Chloe—. Creo que es más seguro quedarse con la película.

A menudo ella también había pensado en lo emocionante que sería actuar en una película de Hollywood, y sonrió mientras imaginaba que le ofrecían el papel de esclava en una película similar a *El jeque*. Por supuesto, sólo era un sueño tonto que ella jamás había contado a nadie, ni siquiera a Justine.

—Bueno, tendré que contentarme con mi trabajo de bibliotecaria hasta que aparezca mi príncipe azul y me haga perder la cabeza —dijo Justine—. Por lo menos tú tienes unas emocionantes vacaciones por delante.

—No son sólo vacaciones —dijo Chloe—. El profesor Hicks es un hombre bueno y entrañable, pero me atrevo a decir que querrá que trabaje un poco a cambio de esos privilegios.

—Es una pena que sea tan mayor —respondió Justine con cara de pesar—. Es mayor que tu padre. Pero nunca se sabe, a lo mejor conoces a alguien emocionante durante el viaje, Chloe; a un hombre apuesto y moreno que te llevará a su *casbah*...

—Lo dudo mucho —la interrumpió Chloe. Pero sus dudas no le impedían soñar.

En el fondo era tan romántica como Justine, aunque tratara por todos los medios de no serlo. Su padre siempre le había dicho que debía mantener la cabeza fría y juzgar una situación antes de tomar una decisión. Chloe sabía que era mejor no soñar para no esperar demasiado, porque si se dejaba llevar por sus deseos acabaría decepcionada.

«Actúa impulsivamente y tal vez te arrepientas de ello toda tu vida». Ése había sido siempre el axioma que había regido la vida de Peter Randall.

Era sin duda un modo muy sensato de ver las cosas, pero podría llegar a ser un tanto aburrido, o así lo había comprobado Chloe. A veces se decía que sería emocionante hacer alguna locura o algo del todo irresponsable de vez en cuando.

—Bueno, todos podemos soñar —dijo Justine an-

tes de levantarse para poner el disco nuevo que había comprado—. Vamos Chloe... mira esto.

Chloe se echó a reír cuando Justine empezó a mostrarle uno de los últimos bailes de moda. Su prima siempre estaba con algo nuevo, y tal vez por esa misma razón a Chloe le gustaba tanto estar con ella.

—Ah... Ojalá pudieras venir con nosotros —suspiró Chloe—. Pero supongo que no sirve de nada suspirar en vano.

—De todos modos mamá nunca estaría de acuerdo con un viaje así —dijo Justine—. Está empeñada en que me case con alguien muy rico y muy aburrido.

Chloe negó con la cabeza.

—Bueno, lo primero no sería tan malo, Justine. El pobre papá siempre ha tenido dificultades para salir adelante después de la guerra. Invirtió en una empresa que fracasó, y sus ingresos se vieron reducidos casi la mitad. Por eso estoy tan contenta de haber conseguido un trabajo nada más terminar la facultad.

—Bueno, el dinero no me importaría —concedió Justine—. Lo cierto es que ya me veo envuelta en pieles y adornada con joyas; pasando el verano en la Costa Azul y el invierno en Biarritz...

—Sí —concedió Chloe—. Y si tiene mucho dinero, Justine, tal vez no sea tan aburrido, después de todo.

Resultaba emocionante y glamouroso que a una fueran a despedirla sus amigos antes de iniciar una travesía en un transatlántico de lujo. A bordo el ambiente era como el de una fiesta gigantesca: las botellas de

champán se descorchaban a cada momento, la gente se reía, mientras el viento agitaba las miles de banderillas que decoraban el barco. Todo el mundo parecía tener amigos que se habían acercado a desearles *bon voyage*, y Chloe se alegró de que su padre y Justine hubieran insistido en hacer con ella el viaje hasta Southampton.

Había notado que la mayoría de los demás pasajeros que estaban a bordo eran ricos: mujeres vestidas con elegancia entre las que abundaban las pieles echadas sobre un hombro; y hombres tranquilos y seguros de sí mismos, aunque a menudo vistieran un estilo sobrio. Tal vez por eso fue por lo que se fijó en él casi de inmediato, porque destacaba entre los demás. Llevaba un traje de color beis claro, pulcro y elegante, y zapatos de cuero artesanales. La camisa era como las que uno podría encontrar en Saville Row.

—Ésa es la bocina que nos avisa para que nos bajemos del barco —le dijo su padre antes de besarla—. Cuídate mucho, querida. Pásatelo bien y sé todo lo útil posible para Charles. Sobre todo, haz lo que te diga y compórtate bien. Quiero estar orgulloso de mi hija, y Charles ha tenido un detalle estupendo dándote este trabajo.

—Sí, por supuesto, papi —dijo Chloe mientras abrazaba también a su padre—. Y tú cuídate también.

Él asintió y se apartó con dinamismo de su hija.

—Voy a despedirme de Charles.

—Sí, tienes que hacerlo.

—Niñas, despedíos rápidamente —les advirtió el señor Randall, antes de perderse entre el gentío.

En ese momento las dejó solas junto a la barandilla.

—Ah, maldita sea —dijo Justine—. Me parece que

ahora tendré que bajar sola —hizo una mueca—. Ojalá pudiera marcharme contigo —besó a Chloe—. ¡No hagas nada que no hiciera yo...! ¡Y no te escapes con un jeque!

Echó los brazos hacia atrás con dramatismo y sin querer le dio un golpe a un hombre que estaba de pie justo detrás de ella.

—¡Tenga cuidado, jovencita!

Justine le había dado en el brazo consiguiendo que se vertiera encima la compa de champán que el hombre tenía en la mano. Era el mismo hombre en el que Chloe se había fijado antes. Se fijó en el grupo de amigos que parecían haber ido a despedirlo, todos ellos vestidos con la misma elegancia que él; uno de ellos era una preciosa joven. El hombre se quedó mirando a Justine con gesto colérico. Al ver que Justine se quedaba abochornada, Chloe decidió sacar la cara por su prima.

—Creo que ha sido bastante insensato por su parte traerse la copa a bordo habiendo tanta gente como hay aquí, ¿no le parece? —dijo Chloe—. Justine lo ha hecho sin querer.

—Por supuesto —dijo Justine, que le sonrió con las mejillas muy coloradas—. Lo siento muchísimo. Espero no haberle importunado demasiado.

—Seguramente el traje no tendrá arreglo, pero no tiene ninguna consecuencia.

El hombre se dio la vuelta.

—¡Qué hombre más maleducado! —decía Chloe, que avanzaba pegada a la barandilla.

A medida que la gente iba abandonando el barco, había más espacio para moverse con libertad.

—Ha sido culpa suya, por acercarse tanto a ti —añadió Chloe con fastidio.

—Supongo que querría agitar la mano para despedirse una vez más de los amigos que estuvieran en tierra —dijo Justine—. Santo cielo, debo irme o me llevarán contigo.

Se dieron otro abrazo, y Justine salió corriendo para unirse a los últimos pasajeros que abandonaban el barco. Chloe sonrió cuando vio que su amiga se agarraba el sombrero para tratar de saludarla con la mano. Cuando perdió de vista a Justine, Chloe se dio la vuelta para buscar a sus compañeros de viaje. Al ver al señor Hicks y a su secretaria, la señorita Amelia Ramsbottom, levantó el brazo para llamar su atención. En ese momento se oyó una exclamación ahogada a sus espaldas; y cuando Chloe se dio la vuelta vio que había terminado de verterle encima el resto del champán al hombre a quien Justine había empujado sin querer un rato antes.

—Veo que está empeñada en estropearme el traje —dijo él.

A Chloe le pareció detectar un brillo de humor en su mirada.

—¿Le he hecho algo que le haya molestado? —añadió el hombre.

Chloe se mordió el labio. Sintió la tentación de responderle mal, pero iban a pasar unos días en el mismo barco y no tenía sentido iniciar el viaje creando un ambiente desagradable, ya que era imposible que no se encontraran de vez en cuando.

—Lo siento —dijo ella, tratando de recomponerse—. ¿Podrán limpiárselo a bordo? Yo misma me haré cargo de la factura.

—No tiene consecuencia —esa vez el hombre sonrió.

Chloe se dio cuenta de que era bastante atractivo cuando sonreía y las facciones se alejaban de la dureza que habían reflejado un rato antes. Tenía el pelo negro, corto y peinado para atrás, y unos ojos casi tan negros como el pelo. Hablaba con acento inglés de clase alta, pero de alguna manera a Chloe no le parecía del todo inglés. Además, tenía las facciones demasiado marcadas; ¿tal vez exóticas? No sabría decirlo.

—¿Ocurre algo? —preguntó el hombre con el ceño fruncido.

Chloe se percató entonces de que se había quedado mirándolo fijamente y se sonrojó.

—No, perdóneme. Debo de reunirme con mis amigos.

Y dicho eso, Chloe lo abandonó bruscamente y se fue corriendo, con el corazón acelerado. Aquel hombre poseía algo enervante, algo que la trastornaba; tal vez fuera arrogancia, o tal vez algo que no era capaz de identificar... Una sensación de que, bajo aquella distinguida superficie, ese hombre no era lo que parecía. Desde luego no se parecía a la mayoría de los hombres que ella conocía.

En la facultad había conocido a catedráticos muy serios, a los hermanos, padres o primos de sus amigas y a compañeros de estudios. Todos se parecían mucho, siendo la mayoría caballeros e hijos de caballeros. Algunos eran más agradables que otros, por supuesto, pero todos se habían comportado bien y la habían tratado con el respeto que merecía una mujer joven de buena familia.

A veces Chloe casi había deseado que no hubieran sido tan respetuosos, pero sabía que ella no era la clase de chica que volvía locos a los hombres. No era lista y bonita como Justine, pero no se daba cuenta de que sus modales callados eran en sí muy atractivos; ni de que, a su manera, era guapa.

—Ah, ahí estás querida —Charles Hicks la saludó con una sonrisa—. Nos preguntábamos qué habría sido de ti, ¿verdad, Amelia?

El catedrático y su secretaria, que tenía un aspecto parecido al de él, habían visto muchas despedidas así a bordo de los barcos y por eso habían preferido permanecer aparte del gentío que atestaba las barandillas. Los dos vestían sobrios trajes de tweed, que a Chloe le parecieron poco adecuados para la ocasión.

—Ah, Chloe le estaba diciendo adiós a su amiga —dijo Amelia Ramsbottom—. No puedes esperar que se pase todo el tiempo con nosotros, Charles. Es joven y ésta es la primera vez que está a bordo de un transatlántico. Debe disfrutar mientras pueda.

Chloe fue consciente de que la secretaria del catedrático tenía unos modales un tanto hostiles, y sospechó que tal vez se sintiera un poco celosa de ella. Amelia llevaba años viajando con él y debía de preguntarse por qué había invitado a una mujer joven a acompañarlos en esa ocasión. Ella también se lo había preguntado en un principio, pero sospechaba que había sido mera amabilidad por parte de un viejo amigo de su padre. Charles Hicks era un hombre próspero que podía permitirse ciertos caprichos, y sin duda se había dado cuenta de que en casa de los Randall andaban un poco apretados de dinero.

—Desde luego es todo muy emocionante —dijo Chloe—. Pero quiero ayudar al profesor Hicks todo lo que pueda.

—No voy a necesitarte todo el tiempo —respondió el hombre—. Debes disfrutar del crucero, querida. Tal vez te pida que tomes alguna vez al dictado por mí. Amelia pasa todo mi trabajo a máquina maravillosamente, pero voy demasiado deprisa para ella cuando le dicto. Tus nociones de taquigrafía nos serán útiles.

—Me voy a mi camarote —anunció Amelia—. Yo que tú, Chloe, haría lo mismo. Tal vez te sientas un poco indispuesta en cuanto nos alejemos un poco de la costa.

Charles Hicks observó su marcha. Amelia era una mujer baja, delgada, con el cabello canoso y modales remilgados.

—Me temo que Amelia no lo pasa muy bien a bordo de un barco, Chloe. Ha sido durante muchos años una compañera leal, pero de verdad creo que preferiría quedarse en Inglaterra. Pienso que tal vez ésta sea mi última aventura.

—Oh, eso sería una pena, señor.

—Por favor, no me llames señor; simplemente Charles. Debes llamarme Charles.

Sus descoloridos ojos azules le sonrieron. Aunque ya era mayor, Charles Hicks seguía siendo un hombre apuesto.

—Tengo sesenta y nueve años, Chloe. Creo que me contentaré con estar un poco tranquilo una vez que haya completado este viaje. He pasado muchos años en Egipto, y he estado en el desierto en numerosas

ocasiones; pero sigo buscando una ciudad perdida... —se echó a reír cuando ella lo miró—. Algo tan maravilloso como Petra, y cuyo descubrimiento llevara mi nombre... Pero me temo que nunca la encontraré.

Chloe sonrió comprensivamente. Sabía de la ciudad de Petra, que significaba «ciudad de piedra» y era una antigua ciudad, situada entre el Mar Muerto y el Golfo de Aqabah, cerca de la intersección de las importantes rutas de las caravanas que viajaban desde Gaza hasta el Mediterráneo. Había sido una ciudad floreciente en su día, pero después se quedó en ruinas y se había perdido entre las arenas del desierto; en el siglo diecinueve, un explorador suizo la había encontrado.

—Supongo que a mucha gente le gustaría descubrir algo tan maravilloso como Petra —dijo Chloe—. Como sabe, a mí me interesa hallar bellas poesías que lleven mucho tiempo en el olvido. Por supuesto, no leo en árabe, aunque soy capaz de reconocer algunas palabras, pero he investigado un poco y he tenido la suerte de encontrar algunas traducciones muy buenas al inglés y al francés, que estoy coleccionando con la esperanza de publicarlas un día.

—Sí, eso me dijo tu padre. Me parece algo muy interesante. Debes enseñarme tu trabajo otro día, Chloe... Pero creo que ahora será mejor que siga el ejemplo de Amelia y busque nuestros camarotes.

A Chloe le habían dado un camarote interior, algo que en parte la decepcionó porque le habría gustado poder asomarse por el ojo de buey para ver el mar y el

cielo. Pero sabía que eran más caros, y de todos modos no tenía la intención de pasarse mucho rato encerrada en el camarote.

Se preguntó cuánto tardaría en empezar a marearse, pero pronto se dio cuenta de que el ligero vaivén del barco no la afectaba. Tal vez fuera distinto con el mar picado, pero de momento se sentía bien y estaba disfrutando de la travesía.

Amelia no subió a cenar con ellos esa noche, lo cual le pareció una pena a Chloe, ya que en el comedor había un ambiente festivo, y el capitán del barco saludó a todos los invitados y les dio la bienvenida antes de sentarse a cenar. Chloe y el profesor no estaban invitados a sentarse a la mesa más importante esa noche, pero los otros pasajeros que estaban con ellos en la mesa se mostraron amables y simpáticos, y a Chloe le gustó conocerlos y charlar con todos ellos.

—¿Éste es tu primer crucero? —le preguntó una mujer bastante regordeta llamada señora Vermont—. Yo soy una viajera experimentada, por supuesto, pero mi sobrina Jane es la primera vez que viene conmigo. Vosotras dos os haréis compañía. ¿No os parece afortunado que os hayáis conocido, chicas?

Jane Vermont le pareció a Chloe una niña bastante tonta, pero eran más o menos de la misma edad, de modo que le sonrió y accedió a la sugerencia de la tía. Sería imposible de todos modos eludir a los Vermont, y tendría que tener a alguien con quien hablar. La mayoría de los demás pasajeros parecían mucho mayores, lo cual resultaba un tanto decepcionante.

—¿Qué vas a hacer después de la cena? —le preguntó Jane—. Hay un montón de entretenimientos:

un baile, el show en vivo, y esta noche dan una película. Me gustaría verla, pero la tía Vera no quiere ir.

—Depende —dijo Chloe con cautela—. ¿Qué van a poner?

—No estoy segura... ¿Se lo preguntamos luego al capitán?

Chloe pensó que el capitán tendría cosas más importantes que hacer, y desde luego había bastantes camareros por allí a los que preguntar. Jane miraba en ese momento hacia la mesa principal, sonreía y agitaba la mano, claramente tratando de llamar la atención.

Chloe miró también hacia la mesa y vio que uno de los invitados que habían tenido el honor de sentarse allí era el hombre con quien se había chocado antes. Llevaba un elegante esmoquin negro y una camisa de un blanco inmaculado con pajarita negra. Al mirarlo, él pareció percatarse de su presencia y levantó su copa a modo de saludo.

—¿Quién es ese hombre tan divino? —preguntó Jane inmediatamente—. Es tan guapo... Igual que Rodolfo Valentino; tan moreno y misterioso y a la vez tan imponente —Jane se estremeció con dramatismo—. ¿Lo conoces, Chloe?

—No... Sólo nos encontramos brevemente en cubierta al zarpar, pero no hemos sido presentados.

Chloe bajó la vista. El salmón ahumado que tenía en el plato le parecía de pronto muy interesante, y desde ese instante no despegó los ojos del plato. Tontamente, el corazón le latía muy deprisa, y temió haberse sonrojado.

—Bueno, parece muy interesado en ti —le dijo Jane muerta de risa—. Ojalá que también a mí me mi-

rara con tanto... ardor; sí, ésa es la palabra adecuada —Jane le sonrió, pero sólo consiguió una mirada insulsa del hombre—. ¿Sabes que hay un equipo de rodaje a bordo del barco? He oído que son americanos.

—¿Un equipo de rodaje? —Chloe la miró con atención—. No tenía ni idea... ¿Hay algún actor o actriz famoso entre ellos?

—No... Creo que seguramente habrán tomado un avión adonde sea que se dirijan. Pero el director acompaña al equipo. Me parece que quiere hacer algunas tomas a bordo. Dicen que está buscando una estrella para su nueva película —Jane se atusó su ondulada melena negra—. ¿Chloe, tú crees que me parezco un poco a Mary Pickford?

Chloe pensó que Jane no se parecía en absoluto a la famosa estrella de cine a quien todos llamaban la novia del mundo, pero le daba vergüenza decírselo a la cara.

—Bueno, tal vez un poco —respondió—. Tienes el pelo como lo llevaba ella en su última película.

Vio que eso complació a Jane; porque estaba claro que la joven se había puesto ese peinado para parecerse lo más posible a la famosa estrella.

Sinceramente, Jane le parecía un poco tonta; Chloe habría preferido que su prima hubiera estado con ella en el barco. Pero no servía de nada lamentarse por algo que no podría ser. Miró brevemente hacia la mesa y vio que él le estaba encendiendo un cigarrillo a una mujer que estaba sentada a su izquierda. Era una mujer muy bella, vestida elegantemente y muy segura de sí misma; en ese momento, la mujer le sonreía.

Chloe apartó la mirada enseguida. Ella no pertene-

cía a clase de gente, y no podría competir con mujeres así; claro que tampoco quería.

—Venga, dime que vendrás a ver al película conmigo —dijo Jane cuando la gente empezó a levantarse de las mesas un rato después—. Acabo de preguntarle a uno de los camareros y ha dicho que es la última de Valentino. Estoy deseando verla.

—Yo la he visto antes de venir —dijo Chloe.

Pero al ver la cara de decepción de su amiga, Chloe cambió de opinión.

—Bueno, supongo que no me importaría volver a verla —añadió.

—Marcháos vosotras, jóvenes —dijo la señora Vermont—. Yo me quedo aquí a hacerle compañía un rato al profesor Hicks.

Chloe percibió el gesto de contrariedad del profesor, que trató de disimular.

—¿Te importa? —le preguntó Chloe—. ¿O quieres que haga algo para ti esta noche?

El profesor pareció tentado un instante, pero negó con la cabeza.

—No soy tal ogro como para ponerte a trabajar tu primera noche, Chloe. No, querida mía, ve y diviértete.

Jane salió de la pequeña sala de proyección encantada con la película. No dejaba de hablar de lo guapo y lo interesante que era el protagonista masculino, hasta tal punto que Chloe pensó que la volvería loca.

—En realidad debería marcharme —dijo ella—. Debo ir a ver si la señorita Ramsbottom necesita algo antes de que me vaya a mi camarote.

Con las prisas por escapar de su charlatana compañera, Chloe avanzó por un pasillo y dio la vuelta a la esquina siguiente, pensando que ése sería el pasillo para ir a su camarote y al de la señorita Ramsbottom. Sin embargo, al llegar al final y ver que desembocaba en otro pasillo que iba en otra dirección, se dio cuenta de que se había equivocado.

Al darse la vuelta para volver sobre sus pasos, vio que él iba hacia ella y vaciló, preguntándose si habría manera de evitar otro encuentro. Quedaría mal si regresaba por el pasillo que sabía ya que sólo conducía a los camarotes de primera clase; así que sólo le quedaba permanecer allí.

—Ah, parece que volvemos a encontrarnos —dijo él con expresión de humor—. Creo que deberíamos presentarnos. ¿Señorita...?

Chloe vaciló y aspiró hondo. ¡Qué situación más ridícula!

—Me llamo Chloe Randall —Chloe le dio la mano—.Viajo con la señorita Amelia Ramsbottom y el catedrático Charles Hicks... y parece que me he equivocado de pasillo.

—Es muy fácil que pase eso —él le estrechó la mano un instante—. Soy Armand... Philippe Armand... y si desea decirme el número del camarote que busca, me complacería mucho ayudarla a buscarlo, señorita Randall.

Chloe trató de decidir de qué nacionalidad sería. Su apellido sonaba un poco francés, pero a ella no le parecía francés en absoluto. Y él había vacilado un poco al decir su nombre, casi como si no hubiera sido su nombre de verdad. ¿Pero por qué mentir así?

—Yo... me alegra conocerlo —respondió Chloe con formalidad, sintiéndose ridícula enseguida—. Mi camarote es el número cincuenta y dos, y la señorita Ramsbottom tiene el cincuenta y nueve. Quería pasar a ver cómo se encuentra antes de irme a la cama; antes no se sentía muy bien.

—¿A la cama tan temprano?

El hombre arqueó las cejas, y sonrió con gesto cómico. Era el clásico y sofisticado hombre de mundo, y Chloe pensó en lo joven e inocente que le debía parecer a ese hombre. Sabía que iba vestida de una manera un tanto aniñada, y que no iba tan elegante como las demás mujeres de a bordo.

—No debería pensar de ese modo mientras dure el crucero, señorita Randall. Una joven como usted debería pasarse la noche bailando con algún apuesto acompañante.

Chloe sabía que se estaba burlando de ella. No había visto a ningún joven apuesto en el barco; y los pocos hombres que encajaban en su descripción tendrían ya una pareja de baile más interesante que la pequeña Chloe Randall.

—Le aseguro que no tengo intención de bailar con nadie, señor Armand —dijo ella—. Ha sido un día muy largo, y estoy cansada. Si pudiera indicarme cómo llegar a mi camarote, no le molestaré más. Sobre todo si hay alguien esperándolo...

¿Pero por qué había dicho eso? Diciéndolo parecía como si él le interesara... ¡Y no era así! Philippe Armand no le interesaba en absoluto.

—Desgraciadamente no hay nadie con quien me apetezca bailar —respondió, esbozando una extraña

sonrisa—. Mi prometida tuvo que quedarse en Londres. Sin embargo, me gustaría que fuera mi pareja de baile si se anima a bailar otra noche... cuando no esté tan cansada.

Para fastidio suyo, Chloe notó que se sonrojaba de nuevo. ¿Por qué conseguía que se sintiera como si fuera una colegiala tonta? Estaba a punto de pedirle otra vez que le mostrara el camino, cuando vio salir a un camarero de uno de los camarotes y se volvió hacia él rápidamente.

—Por supuesto, señorita; enseguida le indico el camino —respondió el hombre a su urgente pregunta—. Yo mismo voy hacia allá ahora. Por favor, sígame. Buenas noches, señor Armand.

Parecía que no le había mentido en cuanto a su nombre, pensaba Chloe, mientras asentía con la cabeza antes de darse la vuelta para seguir al camarero. Philippe Armand le dirigió una mirada jovial y continuó por el pasillo donde Chloe sabía que estaban los camarotes de lujo. Eran mucho más grandes que los suyos, y tenían un espacio fuera donde el afortunado huésped podía salir a tomar el aire. Le habían dicho que también tenían una pequeña sala de estar y dos dormitorios grandes, y sintió cierta envidia de los pasajeros que podían permitirse ese lujo.

Chloe se dijo que tenía suerte de estar allí, y que no debía pensar en tonterías. Jamás habría tenido la oportunidad de viajar en un transatlántico como aquél de no haber sido por la generosidad de Charles Hicks.

Cuando llegó al camarote de Amelia llamó a la puerta con los nudillos; al momento oyó la voz de Amelia que la invitaba a pasar. La pobre mujer es-

taba tumbada en la cama, y parecía de lo más indispuesta.

—¿Puedo hacer algo por usted? —le preguntó Chloe—. ¿Quiere que avise al médico?

La mujer negó con la cabeza.

—No, gracias. El camarero ya me ha dado un remedio para calmarme el estómago. Eres muy amable, Chloe; pero sólo quiero estar sola. Se me pasará en un par de días.

—Siento haberla molestado —dijo Chloe, y cerró la puerta al salir.

Volvió pensativa a su camarote. ¿Quién sería el señor Armand, y por qué le había parecido que mentía cuando le había dicho su nombre?

No había razón alguna para mentirle, al menos que ella supiera. Tal vez viajara con nombre falso. ¿Pero por qué? ¿Sería un espía...? ¿O tal vez un gánster?

Pensó en su rostro y decidió que era muy parecido al de una foto de un príncipe extranjero que había visto en un periódico. No, un príncipe no, pero sí algo similar. Chloe no se acordaba de dónde había visto el artículo, pero le parecía recordar que tenía algo que ver con la política... ¿O sería con el mundo de los negocios? Chloe decidió dejarlo, de momento.

Además, seguramente no tendría importancia; porque no era probable que volviera a relacionarse con él. Estaba segura de que a partir de esa noche Philippe Armand la evitaría; sobre todo si tenía por casualidad una copa en la mano.

Chloe sonrió al recordar la cara del hombre cuando Justine le había tirado la copa encima. Esa vez parecía haberle sentado bastante mal; pero parecía que la se-

gunda vez había empezado a ver el lado cómico del incidente. Y esa noche había sido de lo más agradable con ella, aunque sospechaba que para sus adentros el hombre se había reído a su costa.

Bostezó y empezó a desvestirse. Tenía mucho sueño, y la charla sin sentido de Jane Vermont la había irritado sobremanera. Pensó que sería una pena que tuviera que soportarla durante todo el viaje, y de nuevo le pesó que su prima no hubiera podido acompañarlos.

Chloe se acostó y se durmió casi inmediatamente. Soñó con la película que acababa de ver; pero en algún momento la cara del jeque se trasformó en la del hombre que acababa de conocer.

—Eres una bella y peligrosa mujer —le decía mientras la miraba a los ojos—. Tendré que llevarte a mi *casbah* y encerrarte...

Chloe se despertó brevemente y se acordó de dónde había visto el artículo; al momento se durmió y se olvidó de todo otra vez...

Dos

Estuvo un rato observando a los bailarines. Sus facciones eran tan agrestes como las montañas del Atlas, que interrumpían las llanuras donde sus ancestros habían reinado durante siglos, mientras viajaban sin cesar por los desiertos y regiones fértiles que atravesaban la ruta de las caravanas desde Gaza hasta la Costa Bereber. Pasha Ibn Hasim, también conocido como Philippe Armand, o incluso en ocasiones Philippe, observó con expresión ceñuda a la joven que bailaba con su jefe, un hombre mayor.

Al principio había pensado que podría ser la sobrina del profesor o su amante, ya que la había visto despidiéndose de su padre y de su amiga el primer día en Southampton. Pasha no estaba seguro de por qué ella había suscitado su interés, salvo que tenía algo que le recordaba a otra muchacha; a su hermanastra Lysette.